

Márgara Averbach

Alas

Ilustrado por Marcelo Tomé



I El deseo

Mandíbulas estaba loco. Todos lo decían. Era desesperante que un caimán de ese tamaño, tal vez el más grande del río, un caimán serio y sí, decididamente viejo, se hubiera convertido en eso. Ni siquiera tenía vergüenza: hablaba de lo que quería ser en todas partes así que los demás habían empezado a evitarlo.

Aunque, bueno, que no le prestaran atención no tenía demasiada importancia, los caimanes no andan mucho en grupo. Pero era molesto verlo aparecer reunión tras reunión en la orilla a la hora de siesta con el mismo tema aferrado a los dientes como un alga.

El problema era sencillo: Mandíbulas había decidido que quería volar.

Le había pasado de pronto, en los últimos años de su vida de caimán cuando ya era casi una leyenda en el gran río marrón. Si alguien le hubiera preguntado de dónde le venía ese deseo, Mandíbulas habría tenido problemas para explicarlo. Sabía que había pasado en otoño, en una de sus siestas en la

Texto © 2006 Márgara Averbach. Imagen © 2006 Marcelo Tomé. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

orilla pedregosa. Sabía cómo había pasado: él había abierto los ojos a la luz y había visto las alas amarillas de una mariposa del duraznero, suspendidas en el aire, junto a sus ojos; y de pronto, había sentido que eso era lo que quería hacer. Eso mismo, el vuelo. Todo estaba claro para él. Todo menos el por qué.

Desde ese otoño (ahora habían pasado unos meses), el gran caimán al que muchos llamaban el Abuelo se la pasaba hablando de alas y de corrientes de aire y agotaba a todos con planes inverosímiles.

II El estudio

Por lo pronto, y ése le parecía el primer paso de cualquier proyecto, estudiaba a las mariposas y a los pájaros. Eran animales que hasta ese momento, había mirado sólo con ojos de cazador, calculando distancias y velocidades. Ahora se daba cuenta de que había una grieta entre él y ellos: la grieta que separa el agua del aire. Ellos apenas si bajaban al agua a tomar un sorbo de las ondas turbias. Él vivía dentro de las orillas y apenas si le gustaba el afuera de la playa para la siesta y el calor y el mediodía.

Miró los músculos de los pájaros cuando abrían las alas y los movimientos aéreos de las mariposas en los remolinos calientes de polvo. Y después se miró las patas con cuidado, despacio. Se estiró en el aire y trató de saltar como veía que saltaban los pájaros al despegar.

Pero no era fácil entender el sistema. A Mandíbulas le llevaba mucho tiempo. Era un tiempo que restaba de las largas horas al sol, de las cacerías, de las noches vigilantes de luna llena. Y si alguna vez, algún otro caimán quería saber si él no estaba cansado de mirar los vuelos de otros con la boca abierta, él decía que no.

Y era cierto. El estudio le gustaba y durante muchos días creyó que lo llevaría muy lejos, que en algún momento, entendería y se levantaría sobre el viento como hacían los pájaros y las mariposas.

Pasaron tres lunas y el nombre de Mandíbulas cambió. Había sido el mejor caimán, el más respetado, el primero de los cazadores del río. El más

antiguo y el más sabio. Ahora era un payaso. A su alrededor se movía un círculo de colas verdes y ojos atentos pero no lo rodeaban con preguntas sino con burlas. No lo miraban con respeto sino con la risa colgada de los dientes.

Al principio, a Mandíbulas le dolió. Protestó, hizo remolinos con la cola y se retiró a tomar su siesta separado de los demás, un poco más al oeste, donde el sol de la tarde bajaba con más fuerza. Pero un día, cuando se rieron de él, se le ocurrió mirarlos de otra forma. El enojo se le evaporó como se evaporaba el agua de sus aletas al mediodía: Le parecieron divertidos, todos esos caimanes que habían sido sus amigos y que ahora lo encontraban tan gracioso. Se rió con ellos y el nombre, Mandíbulas, cambió de nuevo. Los caimanes volvieron a reunirse a su alrededor. De a poco, volvieron a hacerle preguntas. A escucharlo. Su charla entusiasmada y seria sobre las alas y el vuelo los llamó, como la silueta de una presa al atardecer.

Y mientras tanto, Mandíbulas estudiaba.

Lentamente, decidió que lo que tenía que hacer era construirse unas alas. Pero eso significaba más estudio. Porque había algo que Mandíbulas sabía: él no tenía manos para construir alas. Esas, sólo las tenían los monos.

III Los monos

Los monos odian el agua. Ninguno se acercaba al río así que, por primera vez en su vida, Mandíbulas viajó por tierra.

Los viajes por tierra son cansadores para los caimanes. Mandíbulas caminaba deseando alas. Arriba, los pájaros se movían con el esfuerzo grácil de las plumas, por el aire. De vez en cuando, el caimán bajaba la vista de las ramas y veía que a su alrededor los animales de la tierra se estremecían y desaparecían rápidamente entre los arbustos, asustados: nunca habían visto un caimán tan lejos del río.

Le llevó toda la mañana llegar al gran lapacho rosado en el que vivían los monos aulladores. Se detuvo junto al tronco grueso. Arriba, todo estaba en silencio. Los monos callaban. El animal que los visitaba era un enemigo, eso no lo dudaban. Miraban los grandes dientes blancos y esperaban.

Cuando quedó claro que Mandíbulas sólo quería charlar (o que por lo menos eso era lo que decía), una mona ágil bajó hasta la rama más baja y se sentó allí con los ojos fijos en el caimán. La conversación fue larga. Había mucho que explicar y al principio, la mona no entendía. Era difícil (y peligroso) imaginar a ese bicho enorme con alas...

—No —le dijo la mona—. Si pudiéramos hacer alas, ya las habríamos fabricado para nosotros... —Era una excusa, claro: los monos no necesitan alas, saben volar con los brazos y las colas, de rama en rama. Pero algo había que decirle al monstruo. Los monos creen en la amabilidad y en la mentira. No quieren enemigos.

Mandíbulas se quedó un momento junto al lapacho. Abrió y cerró los ojos. Pensó. Bueno, tendría que seguir estudiando. Ya se le ocurriría algo, se dijo. Pero estaba desilusionado. Bajó la cabeza y caminó despacio de vuelta entre los helechos y los arbustos y las espinas.

No llegó al río. En algún momento, en el largo viaje sobre patas cortas y brillantes, se dejó ir hacia el suelo, junto a dos rocas grandes y durmió un rato. El cansancio le subió por las garras hasta los ojos y la selva desapareció.

IV Dragones y caimanes

El sol estaba bajo en el horizonte cuando se despertó. Había algo extraño en el aire, a su alrededor: los ruidos del atardecer habían desaparecido como si una boca enorme se los hubiera tragado. El silencio entró por las escamas del cuerpo de Mandíbulas y el caimán se asustó. Por primera vez en mucho tiempo, deseó el río, la seguridad del agua turbia y buena a su alrededor. En tierra, sólo podía confiar en su fuerza y no sabía si la fuerza sería suficiente para enfrentar lo que se venía.

Lo que se venía era un animal, un animal que Mandíbulas nunca había visto y del que nunca había oído hablar. Era largo y verde oscuro. Tenía dientes enormes y una cola inmensa que terminaba en punta. Cuatro garras cortas. Y alas. Dos alas de color rojo fuego, sin plumas. Volaba. Pero no como los pájaros. Ni como las mariposas.

Mandíbulas se acurrucó contra un tronco y esperó. Tal vez el monstruo no lo miraría. Tal vez lo dejaría tranquilo.

Pero el animal sabía adónde iba. Dio dos vueltas arriba en el cielo, entre las copas de los árboles, lejos, y después bajó como una flecha. Aterrizó junto al caimán y se lamió una garra.

—Complicada esta selva —dijo—. Estoy acostumbrado a lugares más abiertos.

Mandíbulas esperó. No sabía qué decirle. No sabía qué quería ese otro. No parecía amigable.

—Hace calor —dijo el monstruo y levantó un ala para rascarse debajo—. Demasiado. No creo que me quede mucho tiempo por estos lares... Tu nombre...

No lo dijo como una pregunta. Sonaba a exigencia.

—Mandíbulas —susurró el caimán y esperó. Ahora tenía esperanzas: nadie pregunta el nombre de la comida antes de masticarla.

Nunca supo cómo porque después, cuando quiso contarle en el río, le pareció que el tiempo había dado un salto. De pronto, estaba charlando con el monstruo, los dos cómodamente sentados en el suelo húmedo de la selva mientras la noche pasaba lenta por encima de los árboles y la oscuridad rozaba los tallos doblados de los helechos. Era una charla tranquila aunque Mandíbulas jamás recordó cómo habían llegado a ella. Era casi como un sueño: misterioso, variable, a veces pesadilla, a veces refugio.

Ahí estaba él, un caimán envejecido y casi legendario hablando con un animal que le había dicho que su nombre era Fuego y le estaba contando su vida.

Cuando le dijo que envidiaba las alas rojas, transparentes, Fuego lo miró fijo y, de pronto, el tiempo volvió a correr.

—Pero si ustedes hacen lo mismo —dijo, asombrado—. Ustedes también vuelan.

Mandíbulas rió, la voz ronca y baja de siempre.

—No, no —dijo—. No, mi amigo. Nosotros no volamos. Sólo patas cortas, nada de alas—. Y le mostró los flancos blancos y verdes.

—No digo acá —explicó Fuego mientras se llevaba una pata a la cabeza para sacarse una hoja recién caída—. Ya veo eso. En el agua. Yo ni siquiera podría mojarme una garra. El agua me aterroriza.

Mandíbulas lo miró despacio: el cuerpo largo, las alas sin plumas, el rojo que le salía de la boca. La vida entera, la selva, habían cambiado porque ahora él entendía.

Cuando volviera al río, pensó mientras se desperezaba entre los arbustos, cuando volviera al río se lo diría a todos.

Los caimanes vuelan.

Bajo el agua, en el gran río turbio de orillas playas y vientre hinchado de peces, él también volaba. Podía ser lento y circular como un tucán en una corriente de aire y cuando lo hacía, el mundo giraba a su alrededor como en un baile y los peces le sonreían. Y podía ser rápido y feroz como un aguilucho que vuela en línea recta detrás de su presa. Y entonces, los peces huían y las olas lo acompañaban y todo era tensión y seguridad y rapidez repetida... Podía flotar en el calor de la siesta y entonces, el río se detenía con él. Podía lanzarse al espacio del agua con un coletazo desde la orilla, como si despegara.

Porque Fuego tenía razón. En el río marrón, él, Mandíbulas, era puro vuelo. Nada tocaba las patas y la cola y los dientes blancos. Nada excepto la magia del agua.